

CLASES MEDIAS Y CONTROL DE ESPACIOS COMUNES: HETEROGENEIDAD SOCIAL Y CAMBIO DE ESCALA METROPOLITANA. CASO DEL CONJUNTO RESIDENCIAL SAN FELIPE^(*)

MIDDLE CLASSES AND CONTROL OF COMMON SPACES: SOCIAL HETEROGENEITY AND CHANGE IN METROPOLITAN SCALE

OMAR PEREYRA CÁCERES^(**)

Fecha de recepción: 17 de agosto de 2014
Fecha de aprobación: 21 de octubre de 2014

Resumen

En este artículo se explora el efecto simultáneo que tiene el proceso de transformación de la clase media y el cambio de escala de los espacios compartidos. Para ello se analizó el caso del Conjunto Residencial San Felipe. Se recogieron 45 entrevistas a vecinos para explorar los cambios en la ecología social del barrio. También se realizó un año de observación participante en los espacios comunes en San Felipe (sus parques, veredas, estacionamientos y plazas) para mapear quienes son los usuarios de estas áreas y la escala de las mismas (barrial, distrital o metropolitana). Aunque estas transformaciones generan situaciones tensas e incluso conflictivas, los vecinos de San Felipe son capaces, en buena cuenta, de controlar la conducta en estos espacios. Sin embargo, quienes la controlan son principalmente los vecinos mayores, que imponen un punto de vista particular respecto a cómo se los debe usar.

Palabras Clave

Clases medias, escala urbana, espacio público, espacios comunes, Lima.

Abstract

In this article the simultaneous effect of the process of transformation of the middle class and the change in scale of common spaces is explored. The case of Residencial San Felipe is analyzed for this objective. 45 interviews to neighbors were collected in order to explore the changes in the social ecology of the neighborhood. Also, a year of participant observation in common spaces in San Felipe (parks, sidewalks, parking-lots, and plazas) was conducted in order to map the users of these areas and their scale (neighborhood-, district-, or metropolitan-scale). Though these transformations generate tense and sometimes conflictive situations, residents of San Felipe are able, in a high degree, to control behavior in these spaces. Yet, the ones who control more directly these spaces are the senior neighbors, who impose their particular point of view about how these spaces should be used.

Key Words

Middle classes, urban scale, public space, common space, Lima

(*) El artículo fue elaborado en base a información recogida por el autor para su tesis doctoral en sociología, titulada "San Felipe: Middle-Class Groups Meet".

(**) Profesor Auxiliar del Departamento de Ciencias Sociales (Sección Sociología) de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Licenciado en Sociología por la Pontificia Universidad Católica del Perú, Magister en Ciencias Sociales por la Universidad de Chicago, y Doctor en Sociología por Brown University. (pereyra.o@pucp.pe).

Este artículo se centra en la discusión sobre la relación entre *barrio* y *comunidad* para acercarse al tema del control de las áreas comunes. Tanto la tradición de la Escuela de Chicago como la de la Economía-Política Urbana coinciden en la idea que barrio y comunidad son fenómenos espacialmente yuxtapuestos. Siguiendo la vieja idea de “desorganización social” (Burgess, 1968; Wirth, 1938) la vitalidad de la vida de barrio depende en buena cuenta de la homogeneidad social de los vecinos, de su disponibilidad de recursos, de su baja densidad demográfica, de su tasa alta de propietarios y de la existencia de organizaciones sociales (formales e informales). Mucha investigación corrobora esta proposición (Logan y Molotch, 1987; Putnam, 1995; Sampson y Groves, 1989; Sampson, 2012, entre otros). En este artículo quiero explorar lo que ocurre cuando tanto la población del barrio y la relación del mismo con su entorno cambian. Para ello, estudio los espacios comunes¹ en la Residencial San Felipe. El espacio común es un objeto de estudio ideal para observar el efecto de ambas dinámicas. Ello porque las relaciones que se establecen en el mismo permiten observar simultáneamente tanto la transformación de los actores en el lugar (de espacio socialmente homogéneo a espacio heterogéneo), así como el cambio del mismo barrio o espacio respecto a su entorno (de espacio de uso barrial a espacio de uso metropolitano).

Para esta investigación, realicé 45 entrevistas a vecinos de San Felipe para explorar los cambios en la ecología social del barrio. También realicé un año de observación participante en los espacios comunes en San Felipe (parques, veredas, estacionamientos y plazas) para determinar quiénes son los usuarios de estas áreas y la escala de los mismos (barrial, distrital o metropolitano). Finalmente, entrevisté a actores institucionales relacionados con la administración de estos espacios. Encontré que buena parte de los conflictos existentes en torno al uso de los espacios comunes en la Residencial San Felipe se deben al cambio de escala de los mismos (de espacios barriales a espacios metropolitanos), pero también, que los vecinos acaban controlando en buena cuenta estos espacios como barriales. Son los vecinos mayores, quienes imponen un punto de vista particular respecto a cómo deben usarse, los que controlan estos espacios.

1. Uso la noción de “espacio común” y no la de “espacio público” por dos motivos. Primero, porque los parques, plazas, parques y otros en San Felipe no son estrictamente espacios públicos. Por el contrario, estos espacios son propiedad (no individual, sino compartida) de los vecinos de San Felipe. Segundo, aunque el uso de estos espacios no está restringido exclusivamente para los vecinos de San Felipe, estos ejercen un fuerte control directo e indirecto sobre ellos.

San Felipe: la transformación del barrio de clase media tradicional

La Residencial San Felipe se encuentra en el área de expansión formal de Lima, en el icónico distrito clase-mediero de Jesús María. San Felipe se inauguró a mediados de los años 60 como un proyecto promovido por el Estado para familias de clase media.² Su diseño funcionalista con 33 edificios (aproximadamente 1,800 departamentos unifamiliares) representaba un ideal de orden y civilidad que contrastaba con la “desorganización” de los distintos tipos de barrios populares que proliferaban en las periferias de Lima.

Sin embargo, la clase media (de los años 60 a la actualidad) ha cambiado considerablemente. Debido al crecimiento económico de las últimas décadas, esta ha crecido considerablemente en términos absolutos, pero también en términos de heterogeneidad de sus estilos de vida y sus patrones de consumo (Franco et al., 2010; Arellano, 2010; Arellano y Burgos, 2010). Ya algunos autores también habían advertido que luego de varias décadas de urbanización por migración, muchas familias habían experimentado un proceso de movilidad social ascendente (Portocarrero, 1998; Arellano, 2010; Arellano y Burgos, 2010). De este modo, la clase media contemporánea no es solo un sector más grande y más heterogéneo en términos de patrones de consumo, sino también es un punto de encuentro de distintas *trayectorias sociales*:³ de distintos lugares de origen y a su vez multicolor. En este proceso, miembros de la llamada “nueva clase media”, aquellos de origen migrante y étnicamente considerados como “cholos”, se insertan en espacios previamente monopolizados por la clase media tradicional: colegios, universidades, trabajos, lugares de consumo y esparcimiento, y barrios tradicionales de clase media como San Felipe. Dada esta heterogeneidad social, es mejor referirnos a clases medias (en plural).

Este proceso es evaluado por la mayoría de los sanfelipanos tradicionales y mayores como algo “negativo”, pues impera la idea que el barrio se está “malogrando”. En este proceso, aunque todos los sanfelipanos (antiguos y nuevos) se definen como mestizos, los vecinos mayores y los más antiguos resaltan al tono del color de piel como un indicador del origen social. En consecuencia, los vecinos jóvenes más oscuros son considerados como de origen migrante

2. Para un análisis del proyecto Residencial San Felipe y su historia, ver Córdova (2008).

3. Una *trayectoria* o *carrera* se refiere a las posiciones sucesivas que un individuo o grupo ocupa a lo largo de su vida en un campo social específico o en el espacio social en general (Bourdieu, 1993, p. 276).

(como nacido en el campo o en algún pueblo joven) y, en consecuencia, como de menor estatus y hasta como “menos civilizados” o “menos educados”⁴. Debo también aclarar que la relevancia del color de piel como marcador de diferencias y de estatus es más fuerte entre los vecinos antiguos mayores que entre los vecinos antiguos jóvenes, quienes evalúan a los vecinos nuevos simplemente como “distintos”.

Sin embargo, la llegada de vecinos nuevos no significa objetivamente que el barrio se esté deteriorando en términos de clase. Al contrario, la llegada de vecinos nuevos contribuye a que San Felipe se mantenga como un barrio de clase media dado que la mayoría de estos tiene ingresos mayores a los de los vecinos antiguos, hoy en día jubilados y hasta empobrecidos. Por ello, a pesar de esta percepción de deterioro del barrio, sugiero que San Felipe se mantiene como un barrio de clase media, claro está, una clase media más heterogénea.

San Felipe no es solo un barrio de clase media (más diversa), sino que además sus espacios comunes han cambiado de escala. Con ello, me refiero a que estos espacios han dejado de ser de uso casi exclusivo de los vecinos (y principalmente de sus hijos menores y adolescentes), sino que han pasado a ser de uso tanto de sus vecinos como de la gran cantidad de visitantes que vienen del distrito desde otras partes de la ciudad. Décadas atrás, los espacios compartidos de San Felipe eran de escala barrial; es decir, de uso de los vecinos. Dos características permitían esta dinámica. En primer lugar, el hecho que en sus orígenes San Felipe estaba rodeado por casonas de baja densidad e incluso por algunas áreas semi-rurales. En segundo lugar, las características demográficas de la población original (familias jóvenes con madres ama de casa e hijos pequeños que luego serían jóvenes) generaban que estos espacios estuvieran intensamente poblados y vigilados directamente por los vecinos. Sin embargo, en los últimos años, el reemplazo de las casonas aleaños por edificios de departamentos, el incremento de actividades comerciales en los alrededores de San Felipe y la menor cantidad de niños y jóvenes en San Felipe han generado una mayor presión tanto sobre las tiendas y restaurantes de San Felipe como de sus espacios compartidos. De este modo, hoy, en un día cualquiera en San Felipe, uno puede encontrar en estos espacios: vecinos (ancianos, adultos, jóvenes y niños), estudiantes del Ins-

tituto Cibertec-UPC (ubicado frente a San Felipe), trabajadores de oficinas ubicadas en San Felipe o en lugares cercanos, *skaters* y *bikers* que se concentran en algunas veredas o gradas y también residentes de zonas cercanas.

En adelante, deseo explorar el efecto sobre el espacio compartido que genera la mayor heterogeneidad de la población de San Felipe así como el cambio de escala de estos espacios. Mi estrategia de investigación es la explorar *situaciones*⁵ que revelen los efectos de estas transformaciones. Con fines analíticos, busco comparar situaciones similares, pero con actores de características distintas. Esta estrategia permite observar cuándo y cómo formas de definir a los actores (como vecinos tradicionales, vecinos nuevos, o gente de fuera) tiene algún efecto en las interacciones, así como la forma en que los actores definen el espacio (como espacio privado barrial o como espacio público metropolitano) pueden llevar a interacciones tensas. Vale la pena resaltar en este punto que dado que la población de San Felipe es más heterogénea -que incluye vecinos nuevos y que, además, recibe una gran cantidad de gente de fuera- es bastante incierto, cuando se trata de empezar una interacción, saber si los participantes en la misma son vecinos o si es gente de fuera.

Grupos, organizaciones y poder local

Mencioné líneas arriba que los adultos-mayores de San Felipe tienen menores recursos que los vecinos más jóvenes. Si bien los adultos-mayores son también un grupo cada vez más numeroso, no forman tampoco la mayoría de la población de San Felipe (ver cuadro 1). Sin embargo, su situación de retiro les da acceso a un recurso fundamental para convertirse en el grupo más poderoso en San Felipe: tiempo libre. El tiempo libre les posibilita no solo estar más tiempo físicamente en San Felipe, sino, además, posibilidades de entablar relaciones personales con otros vecinos mayores. Estos elementos permiten a los adultos-mayores el convertirse en un “grupo” a diferencia de otros “cuasi-grupos” en San Felipe (vecinos adultos aún activos en el mercado laboral, adultos-jóvenes antiguos en San Felipe y adultos-jóvenes nuevos en San Felipe) que pueden compartir características e intereses, pero que no tienen mucho tiempo para la vida de barrio. Sin embargo, no es suficiente que un conjunto de individuos comparta intereses para que se convierta en un “grupo práctico”. Como mencionan los estudiosos sobre clases

4. Parker (1998), en su estudio histórico sobre el origen de la clase media en Perú, encuentra que la clase media tradicional resalta estos mismos rasgos o características para definirse a sí misma. Estos rasgos se funden en la noción de “gente decente”, la cual tiene una fuerte carga de estatus (más no de clase) para marcar diferencias frente a la clase trabajadora y “la gente del pueblo” en general.

5. Una *situación* se refiere a “[...] encuentros momentáneos entre humanos cargados de emociones y consciencia porque han pasado por cadenas de encuentros previos” (Collins, 2004, p. 3. Traducción del autor).

Tabla 1. Estructura Etaria: Lima, Jesús María y San Felipe. 1981, 1993 y 2007.

Age	Ciudad de Lima			Jesús María			San Felipe		
	1981	1993	2007	1981	1993	2007	1981 ¹	1993	2007
De 0 a 4 años	10.51	8.71	8.42	9.34	7.43	5.08	n.d.	5.61	3.75
De 5 a 9 años	12.97	10.60	8.05	10.14	8.81	5.07	n.d.	5.99	4.74
De 10 a 14 años	11.73	10.49	8.73	9.87	9.07	5.60	n.d.	6.06	4.58
De 15 a 19 años	11.73	11.47	9.42	11.93	10.67	7.55	n.d.	10.13	7.10
De 20 a 24 años	11.56	11.17	9.95	12.73	10.90	8.50	n.d.	10.66	7.43
De 25 a 29 años	9.30	9.41	9.34	9.75	9.48	8.56	n.d.	8.28	7.87
De 30 a 34 años	7.27	8.12	8.63	7.26	8.31	8.17	n.d.	7.86	6.26
De 35 a 39 años	5.62	6.83	7.46	5.24	7.06	7.26	n.d.	6.97	6.62
De 40 a 44 años	4.55	5.57	6.51	5.24	5.76	6.68	n.d.	6.87	6.58
De 45 a 49 años	3.75	4.32	5.43	4.15	4.61	6.26	n.d.	5.98	5.58
De 50 a 54 años	3.27	3.47	4.77	4.19	4.05	6.51	n.d.	4.79	6.28
De 55 a 59 años	2.37	2.75	3.67	2.57	3.53	5.38	n.d.	4.33	5.78
De 60 a 64 años	1.77	2.41	2.89	2.17	3.34	4.54	n.d.	4.74	5.80
De 65 a 84 años	3.30	4.28	6.04	4.97	6.42	12.42	n.d.	10.41	19.06
De 85 a más	0.31	0.40	0.69	0.44	0.57	2.40	n.d.	1.31	2.57
TOTAL (%)	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00	100.00		100.00	100.00
TOTAL (N)	4,604,014	6,345,856	8,472,935	82,252	65,557	66,171	n.d.	5,723	4,983

(1) Información no disponible en el censo 1981.

Fuente: INEI. Censos Nacionales de Población y Vivienda 1981, 1993, 2007

sociales (Thompson, 1966; Bourdieu 1985, 1987; Przeworski, 1987; Boltanski, 1987), hay una gran diferencia entre “clase teórica” y “clase práctica”. Del mismo modo, para que una clase o cualquier tipo de grupo pueda “existir” (en sentido práctico) se necesita un trabajo de organización.⁶ Precisamente, en el contexto del barrio, el tiempo para participar en organizaciones es un recurso crítico para la formación de grupos. Y son los adultos-mayores son los que precisamente tienen el control de estas organizaciones y hacen que su punto de vista sobre el barrio y el uso del espacio común sea el que prevalezca.

Para explicar mejor este fenómeno, demos una mirada a las asambleas de edificio en San Felipe. Dichas asambleas son la forma principal de organización en San Felipe. En ellas no existen barreras para la participación salvo la de no ser propietario. Sin embargo, la participación de vecinos adultos-jóvenes (antiguos y nuevos) en estas asambleas es siempre menor y los que participan más en ellas son los adultos-mayores. Ello a pesar de que los mayores siempre invitan a todos los demás vecinos a participar. Mencioné que la falta de tiempo es el motivo principal de la baja participación de los vecinos jóvenes. Alberto

Cabrera,⁷ un vecino joven de 40 años, [nos explica su punto de vista sobre las asambleas del siguiente modo:

He sido, durante un tiempo, un participante disciplinado en las asambleas. Actualmente ya no voy porque normalmente son discusiones sin fin y tediosas donde, desafortunadamente, la mayoría de la veces no se llega a ninguna decisión concreta. Tengo la impresión [...] que, generalmente, la gente que participa en las asambleas y que toman cargos en la asamblea son gente... como que mayor. Cuando me preguntan “¿Por qué no estás en la Presidencia? Tú eres joven”. Les digo, “¡Precisamente porque soy joven! Todavía no me consolido, ni económica ni profesionalmente. No tengo ‘cabeza’ para otras cosas en este momento.

Como otros adultos-jóvenes, Alberto Cabrera no tiene mucho tiempo y el poco que le queda prefiere dedicarlo a su familia.

La mayoría de adultos y adultos-mayores comprenden la vida ocupada de sus vecinos más jóvenes. Sin embargo, la ausencia de adultos-jóvenes, especialmente de los vecinos nuevos, es normalmente un tema de conversación entre los mayores en el momento previo a la asamblea. En ellas, resaltan su carácter más individualista y su poca voluntad de participar en la vida de la comunidad. Aun así, los

6. En este punto, encuentro que la distinción hecha por Dahrendorf (1959) entre “grupos” y “cuasi-grupos” (originalmente para el análisis del conflicto en la sociedad industrial) es útil para el análisis de las relaciones y conflictos de intereses entre vecinos y su efecto para el destino del barrio.

7. Los nombres de todos los entrevistados han sido cambiados para cuidar el anonimato de mis informantes.

adultos-mayores son siempre más comprensivos con los vecinos jóvenes antiguos que con los nuevos. Ello aunque en ambos casos la razón para no participar es básicamente la misma: no tener tiempo.

El testimonio de Alberto Cabrera sugiere también la presencia de otro mecanismo que inhibe la participación de los más jóvenes: dado que los que participan en las asambleas son predominantemente adultos-mayores, ello da a las reuniones un estilo particular que desincentiva la participación de los más jóvenes. Las asambleas son generalmente oportunidades para la socialización de los adultos-mayores, son ceremoniales y las discusiones son largas y generalmente interrumpidas por anécdotas o pequeños chismes que “desvían” la agenda. Este estilo es valorado por los adultos-mayores, quienes usan estas asambleas para mantener sus vínculos con sus vecinos e intercambiar información que les resulta importante (i.e., recomendaciones sobre problemas de salud). Sin embargo, los jóvenes no tienen interés en ello. Por el contrario, ellos preferirían que las asambleas fueran más expeditas y que las discusiones sean directamente sobre el tema, sin “gastar” mucho tiempo en socializar. Al respecto, Roberto Campos, otro adulto-joven menciona:

Los mayores, ellos gastan mucho tiempo chismeando y hablando sobre cómo eran las cosas en el pasado. Y luego otro empieza a hablar sobre la crisis en los 80, y así. Y luego uno está fuera de la conversación, mirando cómo hablan sobre el pasado y el tiempo pasa y luego uno ya solo quiere irse a su casa.

De forma similar, Mario Rojas, otro vecino joven nuevo, menciona que es la forma en la que los mayores dirigen la reunión lo que le molesta:

Es esa forma de llevar las reuniones ¿sabes? En la que un vecino se para, saluda a todo el mundo, empieza a hablar sobre el pasado y hace todo un discurso ceremonial lleno de adornos. A veces son como políticos que hablan y hablan, y no dicen nada. A veces quisiera que tuviéramos un cronómetro para que la gente hable un minuto o algo así.

Pero además del estilo ceremonial de las asambleas, a los adultos-jóvenes no les agradan los conflictos que presencian entre vecinos mayores. Por un lado, los consideran otra forma de perder el tiempo, lo que no permite llegar a acuerdos y por otro lado, no quieren entender y menos aun tomar parte en estos conflictos, como menciona Mario Rojas:

Yo solo quiero llegar a casa y estar tranquilo, en un lugar pacífico. Pero ¿con qué se encuentra uno? Con que este vecino está peleado con el otro vecino; con que el otro está peleado con el otro; o que un grupo de vecinos están peleados con otro grupo de vecinos. ¡Y todavía quieren que haga algo frente a estos conflictos! Y yo simplemente no quiero. Ni siquiera me

importan. Entonces yo simplemente prefiero no ir a las asambleas.

De esta forma, la mayoría de adultos-jóvenes decide evitar las asambleas no solo por su falta de tiempo, sino porque aun cuando pueden asistir, encuentran que la asamblea “es una pérdida de tiempo”. De esta forma, el tener tiempo se convierte en un recurso que los adultos-mayores tienen a su disposición y que es invertido en participación en asambleas y, en consecuencia, les da el control de las mismas.

¿Cuál es la consecuencia de que los adultos-mayores tengan control sobre las organizaciones locales? Ellos transforman su tiempo en poder organizacional y, en consecuencia, se convierten en el “grupo” más poderoso del barrio. En efecto, al ser el grupo que se encuentra mayormente representado en las organizaciones locales (asambleas de edificios, Juntas Vecinales y Presupuestos Participativos) sus puntos de vista y sus intereses son elevados y consagrados como los del barrio en general. Los puntos de vista o intereses de otros cuasi-grupos son tomados como irrelevantes, egoístas o incluso antojadizos. La fuerza de los adultos-mayores como grupo organizado cobra mayor relevancia cuando observamos su capacidad al influenciar en la municipalidad distrital y en sus funcionarios. De esta forma, tanto jardineros como serenos se convierten en actores clave que plasman y ponen en práctica el punto de vista de los mayores respecto al uso del espacio.

El carácter moral del espacio común

Se puede decir que los parques y jardines de San Felipe son símbolos importantes de identidad para sus vecinos. Los parques evocan no solo experiencias pasadas de los vecinos, sino que además inspiran emociones, sentimientos y acciones. Los sanfelipanos, de hecho, conversan bastante sobre sus espacios comunes. Sin embargo, como menciona Cohen (1985), el hecho que un símbolo sea compartido por los miembros de un grupo no implica necesariamente que exista una única interpretación del mismo o que este evoquen los mismos sentimientos con la misma intensidad. De hecho, los distintos grupos de San Felipe tienen interpretaciones no solo diferentes, sino incluso contradictorias respecto a los parques y actúan de manera diferente en relación a ellos.

Así, entre los vecinos existen dos discursos principales y enfrentados respecto al espacio compartido. Para los adultos-mayores, tres principios generales organizan su concepción respecto al mismo. El primero es que el espacio es “moral”; entiendo por ello que existe un código de conducta estricto (el código de conducta de la clase media tradicional) que debe ser mantenido. Ser “educado”, comportarse adecua-

damente y guardar una buena imagen de la persona son formas de deferencia y de proceder importantes, no solo para mostrar el valor y civilidad de uno mismo, sino también para preservar dicho orden moral (Goffman, 1967).

El segundo principio es que el espacio es “funcional”; entendiéndolo por ello que existen algunas áreas diseñadas para actividades específicas. Por ejemplo, las áreas de parqueo son para estacionar los autos, las veredas y gradas son para caminar y tener conversaciones cortas, las bancas son para sentarse y los parques y jardines en particular (y este es el tercer principio) son “ornamentales” y sirven para la contemplación y el solaz. En base a estos principios, actividades “fuera de lugar” (como comer o tomar en el parque, montar *skate* o bicicleta en las veredas, y otros similares) son vistas como no apropiadas para la preservación del lugar y su orden moral y deben, por tanto, ser restringidas o prohibidas. Por ejemplo, cuando un vecino adulto-mayor ve a alguien sentado en el pasto o comiendo en el parque, reacciona diciendo que están dañando el parque y que los restos de comida pueden atraer animales. Cuando ven *skaters*, dicen que al hacer sus saltos pueden malograr las veredas, dañar a algún vecino al rededor o dañarse ellos mismos. También mencionan que estos chicos deberían ir a un lugar para *skate*, el cual es un lugar adecuado para esta actividad.

Aunque también tienen un gran aprecio por las áreas verdes de San Felipe y se preocupan por su mantenimiento, los vecinos adultos-jóvenes (tanto antiguos como nuevos) consideran que el control de los espacios comunes se ha vuelto bastante obsesivo en los últimos años y que el barrio está perdiendo “espontaneidad”. Los vecinos adultos-jóvenes, por ejemplo, recuerdan que cuando eran chicos solían jugar en los parques, escaleras y áreas de parqueo. Para ellos, era eso lo que le daba una “verdadera vida de barrio a San Felipe”. Y ahora que son padres de familia quieren que sus hijos tengan esta misma experiencia. Sin embargo, encuentran que ello ha cambiado. Roberto Campos, a quien conocimos líneas arriba, nos cuenta:

Yo me acuerdo que había más libertad para jugar... en esos años (en los 80). Porque... veamos... si vas al Ágora (una de las plazas de San Felipe), el segundo piso ahora está enrejado, pero antes estaba libre, y era chévere bajar con la bicicleta por la rampa. Bueno, quizás San Felipe estaba también más deteriorado, pero había más libertades. Ahora vas a jugar al parque... y la gente empieza a gritarte... y no son los serenos. ¡Son los mismos vecinos! Eso no pasaba (...). Ahora tomas una cerveza afuera y los serenos te vienen encima. (Te dicen que) no puede tomar una cerveza en la vereda. Pero eso era común antes... antes había grupos de chicos que se juntaban en los parqueos o

frente a una tienda y tomaban su cerveza y conversaban. Y ahora ya no puedes hacer eso.

Los adultos-jóvenes, tanto antiguos como nuevos, consideran que los espacios comunes deberían ser más como “espacios públicos”. En general, les gusta la idea que los espacios comunes en San Felipe sean diversos. Mencionan que les resulta positivo que personas de distintas clases, ‘colores’ y hasta ‘culturas se encuentren no solo en estos espacios comunes, sino incluso como vecinos. También mencionan que los espacios comunes deberían tener usos múltiples. En este sentido, dicen no sentirse incómodos cuando ven gente de fuera, jóvenes o niños, sentados en el césped o jugando en las veredas o en el parque. Para los vecinos adultos-jóvenes, todas esas actividades “dan vida” a San Felipe. Sin embargo, también reconocen que deberían haber ciertos límites: los niños deberían cuidar de no dañar el parque y sus árboles cuando juegan fútbol; los jóvenes deberían jugar fútbol en una cancha de fútbol para no malograr el parque o golpear con la pelota a los transeúntes y los *skaters* deberían ser más cuidadosos con los transeúntes (especialmente con los mayores)

Por su parte, los visitantes en San Felipe se encuentran en el medio de estos dos discursos. A los visitantes, en general, les gusta San Felipe, sus parques, sus esquinas, sus veredas y sus recovecos que son perfectos para sentarse a mirar a la gente pasar, conversar, comer y jugar. También van a San Felipe a usar sus bodegas, restaurantes y cabinas de Internet. Ellos ven a los espacios comunes de San Felipe como “espacios públicos”, pero reconocen que los vecinos tienen bastante control y poder sobre los mismos. En general, intentan (aunque siempre existen excepciones) no hacer escándalos y evitar problemas con los vecinos y con serenos. Sin embargo, a veces aparecen situaciones conflictivas, a pesar de que la convivencia en el espacio común es relativamente armoniosa.

Como mencioné, el no tener responsabilidades laborales hace que los adultos-mayores sean el grupo de vecinos más presentes en San Felipe. No solo están en el espacio común para descansar y socializar, sino también salen de sus casas para hacer compras o hacer uso de los muchos servicios que ofrece San Felipe. Aunque son físicamente débiles y lentos en movimiento, los adultos-mayores son también serios y activos guardianes del espacio. Como se mencionó más arriba, al ser un grupo organizado y al tener influencia sobre los funcionarios municipales, su discurso sobre el espacio común es el que impera. De este modo, las oficinas de Seguridad Ciudadana y de Parques y Jardines de la Municipalidad distrital han adoptado el discurso de los vecinos mayores. El efecto directo de ello es que el número de serenos y

de jardineros en San Felipe (y en el distrito) se ha incrementado en los últimos 10 años.

Los serenos patrullan San Felipe las 24 horas del día los 7 días de la semana y se encargan de mantener el espacio en orden. Ello significa que el discurso sobre el espacio común de los vecinos mayores es el que prevalece (ver foto 1). Del mismo modo, los jardineros han plantado varios arreglos florales en los parques, no solo para decorarlos, sino también para desincentivar el juego en los mismos. También se han puesto cercas y arbustos para evitar el ingreso de personas a las áreas verdes. Asimismo, se han plantado arbustos y cactus alrededor de los árboles para desincentivar que los niños y jóvenes se trepen a los mismos. Igualmente, en algunos jardines, algunas asambleas de vecinos (adultos-mayores) han colocado estatuas de vírgenes para su contemplación, pero también para desincentivar el juego, actividades ruidosas y otras conductas “inapropiadas”. El espacio se ha vuelto también más funcional: la municipalidad ha instalado bancas a lo largo de algunas veredas principales (para el descanso y la conversación) y ha instalado también una pequeña área de juegos para niños en un área del parque principal. De este modo, los usuarios son invitados a sentarse en las bancas (y no en el césped o en los peldaños) y los

niños pequeños son invitados a jugar en el área de juegos (y no en el resto del parque). Finalmente, los jóvenes pueden estar en el área de juegos, pero no pueden usar las columpios o resbaladeras que son para uso de los niños.

Como es de esperar, estas transformaciones también han generado resistencia de parte de los actores que ven el espacio como espacio público. Sin embargo, estas resistencias son individuales y no organizadas, por lo que son débiles. Por un lado, cuando los visitantes se quejan diciendo que los parques son espacios públicos, estos son fácilmente neutralizados por los vecinos mayores y los serenos quienes dicen que deben respetar al barrio y a los mayores. Pero la situación es distinta cuando la persona que reclama su derecho al uso del parque es un vecino.

El uso y control de los espacios comunes

En general, he encontrado que todos los usuarios de los espacios comunes en San Felipe son o intentan ser respetuosos; es decir, evitan tener problemas con los demás. Sin embargo, existen muchas maneras en que las personas, sin darse cuenta -solo estando allí o comportándose de una forma que consideran legí-

Figura 1. San Felipe en orden moral.

Fotografía. Omar Pereyra.



tima desde su punto de vista- hacen que otras personas se sientan fastidiadas. Como se mencionó, los adultos-mayores son los guardianes más presentes y espontáneos del espacio común y no se inhiben en corregir a personas que no se comportan, de acuerdo con sus parámetros de lo que entienden por “forma correcta”. De esta forma, generan situaciones tensas y a veces conflictivas que se derivan de su ejercicio de controlar el espacio.

Una primera forma de situación conflictiva no está relacionada directamente con la *conducta* de las personas sino con *quiénes son* estas personas (en base en su apariencia física u otras señales) lo que hace que sean tratadas de forma desagradable. Ello redundó sobre los vecinos nuevos de San Felipe que son tratados como gente de fuera. El conflicto se genera cuando una persona es definida como indeseable o incómoda y, en consecuencia, es dañada en su estima. Así, una situación observada durante el trabajo de campo fue la siguiente:

Una mañana, luego de comprar pan, vi a una mujer en sus 30 paseando a su perro. Su pelo era negro, liso y atado formando una cola. Llevaba un pantalón de buzo azul marino y un polo blanco que asemejaban al uniforme escolar. Mientras paseaba a su lado, su perro empezó a defecar en uno de los jardines frente a un edificio. A mi otro lado, pasó una mujer de unos 70 años. Esta llevaba un pantalón de vestir, una blusa y un saco de vestir. Llevaba maquillaje, uñas pintadas y pulseras, collares y anillos. Su pelo era canoso y su piel clara. Al ver al perro defecando, la mujer mayor se acercó a la mujer joven y empezó a gritar:

Señora mayor: ¿Pero por qué no tienes cuidado con lo que hace tu perro? ¡Ahora vas a dejar el jardín así todo sucio! ¿Por qué la gente no tiene cuidado? ¡Por Dios!

La mujer joven se asustó por el tono con el que le hablaba la señora mayor. Contrajo sus hombros un poco, pero finalmente se compuso y le respondió con voz firme (y con un acento limeño muy claro):

Mujer joven: Señora [...] yo limpio lo que hace mi perro (saca una bolsa de plástico de su bolsillo). ¿Quién cree que soy? Yo soy una persona limpia. Yo sé que hay gente sucia, pero yo no soy así. Tiene que ver bien antes de ponerse a gritar.

La señora mayor quedó sorprendida por un momento. Asumo que no esperaba una respuesta tan firme de parte de la mujer joven, con un claro acento limeño y mostrándole la bolsa de plástico. La señora mayor quedó de hecho como prejuiciosa. Sin embargo respondió, esta vez con un tono mucho más moderado:

Señora mayor: Bueno, está bien. Pero tienes que tener cuidado y asegurarte de limpiar bien. Pero todo va a quedar sucio.

Mujer joven: Señora [...] ya le dije que yo limpio lo que hace mi perro. Pero me tiene que dar instrucciones ni quedarse ahí vigilando lo que hago.

La señora mayor siguió su camino. Logré escuchar mientras se alejaba: “Ay, todo esto es un asco”. Mientras tanto, la mujer joven empezó a recoger lo que dejó su perro. Se le veía bastante incómoda.

Este episodio de conflicto surgió por suposiciones equivocadas que la señora mayor tenía sobre lo que haría y quién era la mujer joven. En base al color de piel de la mujer joven, sus rasgos y su manera de vestir, la señora mayor asumió que la mujer joven era una empleada doméstica. La señora mayor dedujo entonces que la mujer joven no era una persona educada, que era poco cuidadosa y sucia y, en consecuencia, que no recogería las deposiciones del perro. Pensó que gritarle era una forma legítima de dirigirse a ella o de “corregirla”. Por otro lado, la mujer joven se sintió dañada en su estima, no solo por ser considerada por la señora mayor como incivilizada, sino porque se dirigía a ella como a una persona de menor estatus (como una empleada doméstica). Tuvo que *corregir la situación*, (Goffman, 1959) no solo mostrando a la señora mayor la bolsa plástica, sino también al contestarle de forma firme y enfatizando que ella no era el tipo de persona con quien se le confundía.

Otra fuente de conflicto es cuando la idea de *etiqueta de calle* (Anderson, 1990) de los vecinos mayores es diferente de la de otros usuarios (tanto de los adultos-jóvenes antiguos y nuevos, como de los visitantes). Como se mencionó, los usuarios del espacio común desean evitar general conflictos con los mayores, pero hay ocasiones en que su punto de vista respecto a lo que es conducta apropiada en el espacio común es contrario al punto de vista de los vecinos mayores, al cual consideran como ilegítimo, caprichoso o conservador. Desde el punto de vista de los jóvenes, usar el espacio compartido “como si fuera” espacio público es usarlo de forma correcta, y a veces ellos están dispuestos a defender su punto de vista y su derecho a usar el mismo de esta forma.

Existe un patrón en el cual vecinos mayores intervienen directamente para restaurar el orden cuando la “persona disruptiva” es considerada como de menor estatus (por color de piel, señales de clase social o por edad). Los blancos más comunes de estas intervenciones son los *skaters* y los estudiantes. Los adultos-mayores normalmente les hablan en voz alta y algunas veces hasta les gritan, como una forma de “hacerles entender”. Algunas veces he visto a adultos mayores regañando a estudiantes por besarse en pú-

blico, por comer en el pasto o por escuchar música en sus celulares en volumen alto (generalmente reggaetón). Lo mismo ocurre con los *skaters* que hacen sus maniobras en las veredas.

Normalmente, cuando son regañados, los estudiantes y *skaters* simplemente escuchan a los adultos-mayores y se defienden diciendo que no están haciendo nada malo. La impresión que se llevan de los adultos-mayores es que estos son conservadores, intolerantes y en algunos casos racistas. La mayoría de las veces los estudiantes o *skaters* simplemente prefieren irse como una forma de evitar más problemas. Algunos estudiantes me explicaron que se van “porque es imposible conversar con los mayores” o “son gente que viven en otro siglo”. A veces consideran que los adultos-mayores tienen problemas mentales por su edad, y dicen “... para qué discutir con alguien a que se le ha endurecido el cerebro”. Sin embargo, cuando los *skaters* o estudiantes se defienden su posición frente a los adultos-mayores (sea diciendo que están en un “espacio público” o que “somos vecinos y tenemos derecho a estar acá”), los adultos-mayores suelen enojarse y llamar al serenazgo. Encuentran la conducta de los jóvenes como ofensiva y “no educada”. Ello a su vez refuerza la idea entre los adultos mayores que la gente de fuera y los nuevos vecinos son gente “maleducada”. Interpretan el acto de responder como una señal de falta de respeto a los mayores y de falta de educación.

Por otro lado, los adultos-mayores son más tolerantes con los chicos que evalúan como vecinos de San Felipe (esto es, más claros de piel, mejor vestidos), aunque estos chicos estén haciendo las mismas actividades que otros chicos evaluados como “de fuera”. En estas situaciones, el tono de los adultos-mayores es más amable, como si intentaran dialogar con los chicos. Dicen a los chicos que podrían dañar a otras personas o a ellos mismos cuando montan sus *skates*. También mencionan que podrían romper los peldaños y veredas cuando hacen sus saltos. Nuevamente, los chicos prefieren evitar problemas y dejar de jugar por un rato, al menos hasta que el adulto se aleje, o simplemente van a otro lado a seguir jugando. Aunque estos chicos consideran a los adultos-mayores como conservadores y hasta molestos, no los encuentran ofensivos. Prefieren no discutir con ellos pues “son muy viejos y no van a cambiar su modo de pensar”. Por otro lado, los adultos-mayores no encuentran que estos chicos sean maleducados sino “irresponsables” o “traviosos”.

Los adultos-mayores tienen poca capacidad de control directo del espacio en San Felipe, ya que por su edad, se desplazan lentamente y hasta son físicamente débiles. Sin embargo es en este aspecto en el que la organización los vuelve fuertes, debido a que su capacidad organizativa hace que los serenos protejan

su discurso sobre el espacio (ver foto 2). Como se mencionó, el espacio común en San Felipe es patrullado por serenos las 24 horas del día quienes se desplazan tanto a pie como en bicicletas. La municipalidad instruye a los serenos para que sean cordiales con los vecinos y que no se queden mucho rato en un solo sitio, sino que estén en constante movimiento para cubrir todo el espacio. Su presencia persuade a las personas de usar el espacio de un modo que desagrada a los mayores. Cuando un sereno ve a alguien haciendo algo fuera de lo determinado, su trabajo es acercarse y pedir que se comporte de manera apropiada.

Sin embargo, a veces los que usan el espacio común de forma “inapropiada” son los mismos vecinos o sus hijos. Ello pone a los serenos en una situación difícil, pues además de controlar el espacio los serenos enfrentan el problema constante de evitar tener problemas con los vecinos. Como puede entenderse, ello es difícil, pues los vecinos tienen puntos de vista distintos respecto al espacio común. Los serenos nuevos, en términos generales, saben que tienen que defender el punto de vista de los vecinos mayores respecto al espacio común. Sin embargo, tienen que aprender que al hacerlo también pueden ganarse problemas con los vecinos más jóvenes. Varios vecinos adultos-jóvenes me comentaron que han tenido “choques” con serenos y que han tenido que “ponerlos en su lugar” para defender su uso del espacio. Por ejemplo, Luis Borja, un vecino adulto-joven, me contó esta anécdota:

Mi hijo tenía 6 años y lo llevaba al parque a patear la pelota. Tú sabes, no jugar fútbol, sino solo a patear la pelota. De repente vino un sereno y me dijo que no estaba permitido jugar fútbol en el parque. Y le dije: “Compadre... estás loco. ¿Es un chico de 6 años! ¿Qué daño puede hacer?” El sereno me repitió que estaba prohibido. Entonces le dije: “Entonces ¿a dónde quieres que vaya a jugar con mi hijo? ¿Al parqueo o a la avenida?” El sereno no supo qué contestar y se fue. Y seguí jugando. Siempre tengo discusiones como esa con los serenos.

Durante mi trabajo de campo, seguí viendo a Luis Borja “pateando pelota” con su hijo en el parque frente a serenos y a vecinos. No vi que los serenos se le acercaran para evitar que use el parque. Por el contrario, durante el año del trabajo de campo, otros dos niños se les unieron para jugar y a veces improvisaban un pequeño arco poniendo casacas en el piso. Sin embargo, vi que algunos vecinos mayores se detenían desde la vereda para verlos, siempre con alguna preocupación y a veces haciendo gestos de reprobación. No obstante, no se les acercaban ni les llamaban la atención.

Como Luis Borja, otros vecinos jóvenes me mencionaron que enseñan a sus hijos que tienen el derecho

a usar el parque, ya que son residentes. También instruyen a sus hijos para que en caso tengan problemas con algún sereno, apunten su nombre (el cual está siempre en un parche en sus uniformes) y se los hagan saber para ir a presentar una queja a la oficina de serenazgo. Algunos chicos también son instruidos para tratar al sereno como alguien que está a su servicio y que su función principal es la de cuidarlos y no la de molestarlos. Por ejemplo, Antonio Casas, otro joven padre de familia, contó (con satisfacción) esta pequeña anécdota sobre su hija de unos 12 años:

Ella estaba montando su *scooter* en la vereda. Y un sereno la vio y se le acercó en su bicicleta y le dijo: “Niña, no puedes montar ese *scooter* acá. Está prohibido”. Y ella le respondió: “No está prohibido” y se fue con su *scooter*. El sereno se le acercó otra vez y le dijo: “Niña, está prohibido montar *scooter* [...] y es peligroso. Le puedes hacer daño a otras personas”. Y ella le respondió: “No estoy golpeando a nadie [...] y es bien seguro. Si está prohibido montar *scooters*, entonces tú también bájate de tu bicicleta. Si tú y todos los serenos dejan de usar sus bicicletas, ahí yo dejo de montar mi *scooter*. Ahora ya deja de molestar”. Y siguió montando con su *scooter*. El sereno como que se descuadró un rato y se le acercó otra vez: “Está bien, está bien. Pero juega tranquila. Al

menos trata de tener cuidado con los viejitos”. Y ella le respondió: “No estoy molestando a nadie. ¿Alguien se ha quejado? No ¿verdad?” Y siguió jugando mientras el sereno se quedó ahí parado. Luego de algunos segundos el sereno ya dio vuelta y se fue en su bicicleta. ¿Ya qué iba a hacer pues?.

De esta forma, a través de situaciones repetidas, los sanfelipanos más jóvenes y sus hijos no solo protegen su uso del espacio, sino que también “enseñan” a los serenos que no debe interferir con ellos. Por el contrario, los serenos se ven en la necesidad de buscar una forma de proteger el discurso de los mayores sobre el uso del espacio al mismo tiempo que permiten el uso del mismo por los más jóvenes. Para lograr esto, tienen que aprender a distinguir quién es un vecino y quién no lo es (sea conociéndolo personalmente a través de contactos seguidos o suponiendo quiénes lo son a través de determinadas marcas de estatus). La decisión sobre si intervenir o no en base a las características de la persona es siempre delicada, pues puede generarles conflictos con los vecinos más jóvenes o con los mayores. De este modo, los serenos más nuevos, al no saber distinguir entre vecinos y no-vecinos, son más propensos a involucrarse en problemas por intentar plasmar el código de uso del espacio de los adultos-mayores. Los serenos más

Figura 2. Sereno observando el comportamiento en el espacio común.

Fotografía. Omar Pereyra.



antiguos, en cambio, saben distinguir quiénes son vecinos y son más tolerantes con ellos, pero también aprenden a negociar con extraños para que su uso del espacio común sea de acuerdo con ciertos parámetros que no molesten a los vecinos mayores.

Conclusiones

En este artículo, exploré el efecto simultáneo que tiene el proceso de transformación de la clase media y el cambio de escala de los espacios comunes. Para ello usé el caso de la Residencial San Felipe. La clase media de hoy es más diversa no solo en términos de estilos de vida, sino también en trayectorias sociales. Para nuestro caso, los cambios en estilos de vida pueden verse claramente en las formas de entender el uso adecuado del espacio común para los grupos generacionales: como un espacio funcional y ornamental para los adultos-mayores o como un espacio público para los más jóvenes. El cambio en la clase media en términos de trayectorias sociales puede verse en la importancia que adquieren características físicas y conductuales para establecer una frontera (imaginada) entre clase media tradicional (o vecinos antiguos) y nueva clase media (vecinos nuevos). Ambas transformaciones, al actuar de forma simultánea, son percibidas como problemáticas por los vecinos mayores de San Felipe. Pero además, dicho proceso es acompañado por uno tercero que es el cambio de escala del barrio y principalmente el espacio común: de espacio primordialmente barrial a un espacio de nivel más metropolitano. Considerando que varios vecinos de San Felipe son nuevos y que además el espacio es constantemente ocupado por actores externos, San Felipe es hoy un lugar más diverso y anónimo que antes. Aun así, cierto sentido del orden, aunque siempre con conatos de conflicto, se mantiene. Ello es posible por un fenómeno paradójico: los vecinos adultos-mayores, que son los más débiles física y económicamente, son el grupo más poderoso en el barrio. Al haber tomado la mayoría de las organizaciones de San Felipe, son capaces de influir en la municipalidad y principalmente en su cuerpo de serenazgo para imponer su punto de vista respecto al espacio común.

El poder de los ancianos en los barrios (sobre todo de clase media) es un hallazgo de gran relevancia para los estudiosos de la ciudad. Volviendo al cuadro 1, San Felipe es un barrio en el cual la población adulta-mayor no es la mayoritaria, pero que empieza a ganar importancia. Esa misma tendencia se puede notar (aunque con menor fuerza) en un distrito tradicional de clase media como Jesús María, pero también en el resto de la ciudad de Lima. Es decir, Lima (y principalmente los distritos de clase media) empiezan a envejecer. Ello vuelve a los adultos-ma-



Figura 3. Skaters en el espacio común.

Fotografía. Omar Pereyra.

Figura 4. Diversidad de uso.

Fotografía. Omar Pereyra.

Figura 5. Calles internas.

Fotografía. Omar Pereyra.

yores un grupo no solo cada vez más numeroso, sino, como sugerí, un grupo con un tipo de poder estratégico para influir en la política local y metropolitana: tiempo para organizarse. ¿Están las ciudades preparadas para este proceso de envejecimiento y para enfrentar las demandas de los adultos-mayores?

Bibliografía

- Anderson, E. (1990). *Streetwise: Race, Class and Change in an Urban Community*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Arellano, R. (2010). *Al Medio Hay Sitio: El Crecimiento Social según los Estilos de Vida*. Lima: Planeta.
- Arellano, R. & Burgos, D. (2010). *Ciudad de los Reyes, de los Chávez, de los Quispe*. Lima: Planeta.
- Boltanski, L. (1987) [1982]. *The Making of a Class: Cadres in French Society*. New York: Cambridge University Press.
- Bourdieu, P. (1985). The Social Space and the Genesis of Groups. *Theory and Society* 14(6), 723-44.
- What Makes a Social Class? On the Theoretical and Practical Existence of Groups. (1987). *Berkeley Journal of Sociology* 32, 1-17.
- The Field of Cultural Production*. (1993). New York: Columbia University Press.
- Burgess, E. (1968) [1925]. The Growth of the City: An Introduction to a Research Project. En Park, Robert y Ernest Burgess. *The City: Suggestions for Investigation of Human Behavior in the Urban Environment*. Chicago – London: The University of Chicago Press.
- Cohen, A. (1985). *The Symbolic Construction of Community*. London - New York: Ellis Horwood Limited – Tavistock Publications.
- Collins, R. (2004). *Interaction Ritual Chains*. Princeton – Oxford: Princeton University Press.
- Córdova, A. (2008). Elogio de la Residencial San Felipe. *Puente: Ingeniería, Sociedad y Cultura* 9, 6-13.
- Dahrendorf, R. (1959). *Class and Class Conflict in Industrial Society*. Stanford: Stanford University Press.
- Franco, R, Hopenhayn, M. & León, A. (Eds.). (2010). *Las Clases Medias en América Latina: Retrospectiva y Nuevas Tendencias*. México D.F.: CEPAL - Siglo XXI.
- Goffman, Erving. 1959. *The Presentation of the Self in Everyday Life*. New York: Anchor Books.
- Interaction Ritual: Essays on Face-To-Face Behavior*. (1967). New York: Pantheon.
- Logan, J. & Molotch, H. (1987). *Urban Fortunes: The Political Economy of Place*. Berkeley – Los Angeles – London: University of California Press.
- Parker, D. (1998). *The Idea of the Middle Class: White-Collar Workers and Peruvian Society, 1900-1950*. University Park: The University of Pennsylvania Press.
- Portocarrero, G. (1998). Introducción: Ajuste de Cuentas: Las Clases Medias en el Trabajo de Tempo. En Portocarrero, Gonzalo (Ed.). *Las Clases Medias: Entre la Pretensión y la Incertidumbre*. Lima: OXFAM – SUR.
- Putnam, R. (1995). Bowling Alone: America's Declining Social Capital. *Journal of Democracy* 6(1), 65-78.
- Przeworski, A. (1987). *Capitalism and Social Democracy*. New York: Cambridge University Press.
- Sampson, R. (2012). *Great American City: Chicago and the Enduring Neighborhood Effect*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Sampson, R. & Groves, B.. (1989). Community Structure and Crime: Testing Social-Disorganization Theory. *The American Journal of Sociology* 94(4), 774-802.
- Thompson, E. (1966). *The Making of the English Working Class*. New York: Vintage Books.
- Wirth, L. (1938). Urbanism as a Way of Life. *The American Journal of Sociology* 44(1), 1-2